

# **Wittgenstein y la intencionalidad: ¿cómo es posible que nos hagamos imágenes del mundo?**



Juliana Gutiérrez Valderrama  
[gutierrezv.juliana@urosario.edu.co](mailto:gutierrezv.juliana@urosario.edu.co)  
Universidad del Rosario

## **Palabras clave**

*Figura  
Forma lógica  
Hechos / Proposiciones  
Intencionalidad  
Objetos / Nombres  
Referencia*

## **Keywords**

*Picture  
Logical form  
Facts / Propositions  
Intentionality  
Objects / Names  
Reference*

## **Resumen**

Hilary Putnam, en su artículo “*Aristotle after Wittgenstein*” (1995), plantea una crítica a Wittgenstein, a saber, que la forma lógica no logra fijar la referencia. Según Putnam, esta objeción muestra que Wittgenstein no logra responder al problema de la intencionalidad en el *Tractatus*. Putnam realiza la crítica retomando el famoso argumento de “El gato está sobre la estera”. Aquí se defiende la tesis de que la crítica de Putnam no funciona, pues en ella se presuponen dos aspectos que se pretenden problematizar más adelante: a) la idea de que, para Wittgenstein, es la forma lógica la que fija la referencia de los nombres; y b) la idea de que la preocupación del autor en el *Tractatus* era resolver cómo se fija la referencia. Por el contrario, Wittgenstein quiere dar cuenta de cómo podemos figurar verdadera o falsamente el mundo por medio del lenguaje, para lo cual sí se remite a la noción de forma lógica: una proposición debe compartir una forma lógica con el hecho que describe para que esta pueda ser considerada por un sujeto como una figura verdadera o falsa del mundo.

## **Abstract**

Hilary Putnam, in his article *Aristotle after Wittgenstein* (1995), presents an objection to Wittgenstein's views in the *Tractatus*: for him, the logical form fails fixing the reference of our terms. According to Putnam, this objection shows that Wittgenstein is unable to provide an answer to the problem of intentionality in his work. Putnam establishes his objection with the help of the famous argument of “The cat is on the mat”. In this article, I argue in favor of the thesis that Putnam's objection doesn't work, for it assumes two things which I would like to question: a) the belief that, for Wittgenstein, the logical form is the one that fixes the reference of our terms; and b) the belief that the biggest concern for Wittgenstein was the problem of reference. So, Wittgenstein's concern was different: how is it possible to picture the world truly or falsely through language? To solve this question, Wittgenstein appeals to the notion of logical form: for him, a proposition must share a logical form with the fact it is trying to describe, for that is the only way an individual can consider it as a true or false picture of the world.

Hilary Putnam, en “Aristotle after Wittgenstein” (1995), afirma que uno de los principales problemas que pretende resolver Wittgenstein en el *Tractatus Lógico-Philosophicus* (2009)<sup>1</sup> es el problema de la intencionalidad, es decir, ¿cómo es posible la conexión entre el lenguaje y el mundo? Según Putnam, el autor se vale de su noción de forma lógica para poder dar cuenta de esta conexión; no obstante, su solución no logra ser satisfactoria. Para Putnam, la forma lógica no es capaz de establecer una conexión determinada entre nuestras palabras y el mundo, es decir, no es capaz de fijar la referencia. Putnam utiliza su famoso argumento de “El gato está sobre la estera” para defender su crítica. En dicho argumento, él demuestra que los enunciados “El gato está sobre la estera” y “El gato\* está sobre la estera\*\*” —donde ‘gato’ y ‘estera’ están definidos de manera sofisticada para poder interpretarlos como cerezas y árboles respectivamente— son lógicamente equivalentes. Esto evidenciaría, según el autor, la gran falla de Wittgenstein: he allí un ejemplo de dos enunciados con la misma forma lógica, pero esta no nos da elementos para distinguir a qué objetos nos estamos refiriendo ni qué situaciones estamos describiendo: si un gato sobre una estera o si una cereza sobre un árbol. “La lógica, en el nivel abstracto del *Tractatus*, no hace nada para distinguir un objeto de otro.” (Putnam 1995 71).

En este ensayo me gustaría sostener la tesis de que la crítica de Putnam no funciona, pues esta está dirigida a un problema que Wittgenstein en realidad no buscaba resolver. A mí parecer, Putnam tiene razón al identificar la pregunta de la conexión entre lenguaje y mundo como uno de los aspectos principales del *Tractatus*, pero comete un error al asumir que esta cuestión es igual a la pregunta de cómo se determina la referencia. Putnam presupone a) que Wittgenstein se vale de la ‘forma lógica’ para poder fijar la referencia, y b) que la fijación de la referencia era la preocupación principal del autor. No obstante, considero que ninguno de los dos presupuestos es cierto. Wittgenstein, más bien, quiere responder cómo podemos hacernos imágenes verdaderas o falsas del mundo, y, para él, el lenguaje y el mundo deben poder compartir una ‘forma lógica’ para que esto sea posible.

Teniendo en cuenta lo anterior, el artículo tendrá la siguiente estructura: en la primera sección, definiré las nociones de ‘objeto’, ‘estado de cosas’, ‘nombre’, ‘proposición’ y ‘forma lógica’, según Wittgenstein. En la segunda sección, haré una reconstrucción de la crítica de Putnam; allí me centraré en sacar a la luz los dos presupuestos mencionados: a) que la forma lógica es la que fija la referencia y b) que la preocupación de

Wittgenstein consiste en resolver el problema de cómo se fija la referencia. En la tercera sección, problematizaré el primer presupuesto; en dicho apartado profundizaré en la ‘relación figurativa’ entre el lenguaje y el mundo, y la manera como dicha relación se establece. En la cuarta sección, objetaré el segundo presupuesto; allí trataré de sostener que, en realidad, Wittgenstein quiere elucidar otra cuestión: ¿cómo podemos hacernos imágenes falsas o verdaderas del mundo? En otras palabras, ¿cómo podemos representar el mundo verdadera o falsamente a través del lenguaje? Finalmente, a manera de conclusión, me gustaría responder a unas posibles objeciones a las cuales sí estaría sujeto Wittgenstein.

## I.

Wittgenstein, en el *Tractatus*, establece una correlación entre objeto-nombre y entre hecho-proposición; adicionalmente, sostiene que el objeto y el nombre, y el hecho y la proposición deben compartir una forma lógica para poder asegurar una conexión entre el lenguaje y el mundo. Para comprender la crítica de Putnam y, además, entender por qué esta no funciona, debemos ahondar bien en estas nociones. ‘Objeto’, para Wittgenstein, no es un objeto ordinario. En primer lugar, los objetos son *simples*, es decir, no pueden descomponerse en otras partes —*i.e.* no pueden ser analizados—. En segundo lugar, estos son la *sustancia* del mundo; esto es, son aquello que no cambia, que permanece siempre independientemente de lo que es o no es el caso. Adicionalmente, está en la esencia de un objeto el poder relacionarse con otros objetos; por esto mismo, es imposible imaginarse un objeto independientemente de su conexión con otros. Son todas las posibilidades de combinación con otros objetos lo que Wittgenstein llama la ‘forma lógica’ de un objeto (*cf.* §2.0121, §2.0123, §2.02, §2.021, §2.024, §2.0271).

En ese orden de ideas, una silla no podría ser un ejemplo de objeto tractariano, pues, por un lado, no cuenta como algo simple; por otro lado, esta puede destruirse, puede quemarse o quebrarse en pedazos. Ahora bien, qué tipo de cosas pueden contar como objetos en este sentido no es claro, y Wittgenstein no lo menciona en su obra. No obstante, se podría pensar que, para el autor, especificar esto no era importante. Que haya este tipo de objetos es para el filósofo una necesidad, sin importar qué cosas puedan cumplir estas

1. De aquí en adelante las referencias a esta obra se harán únicamente con el número de los aforismos.

características. Si no hubiese objetos, no habría posibilidad de que nuestras proposiciones tuvieran sentido, es decir, no podríamos describir el mundo verdadera o falsamente (*cf.* §2.0212). Posiblemente, esta convicción es lo que permitió al autor seguir adelante con sus objetivos de la obra sin necesidad de dar ejemplos de lo que podría ser un ‘objeto’.

Él sabía, o creía saber, que debe haber este tipo de cosas. Tiene que haber objetos inanalizables si el lenguaje va a estar relacionado con el mundo, y estos deben ser indestructibles. Pues sólo así puede ser satisfecha la necesidad de un ancla firme para el lenguaje. (Hacker 1986 66)

Ya aclarada un poco la noción de ‘objeto’, podemos pasar a definir qué es un ‘estado de cosas’ para Wittgenstein. En primer lugar, un estado de cosas es una articulación de objetos; su *forma* consiste en todas las posibilidades que existen de articular objetos; y su *estructura* es la manera como los objetos están articulados. En segundo lugar, los estados de cosas no permanecen como los objetos: estos son contingentes y pueden darse o no darse. Aquellos estados de cosas que sí se dan efectivamente son los ‘hechos’. En tercer lugar, que un hecho se dé o no se dé *no* puede determinar que otro hecho se dé o no se dé, en otras palabras, los hechos son completamente independientes entre sí. Finalmente, ‘el mundo consta de hechos’: el mundo no es, pues, un conjunto de objetos sino, más bien, *un conjunto de articulaciones de objetos que son el caso*. Esta última característica es de gran importancia, pues es lo que permite que podamos imaginar distintas configuraciones o distintos mundos posibles, donde se mantiene una forma fija que es constituida por los objetos (*cf.* §1.1, §1.21, §2, §2.01, §2.031, §2.032, §2.033, §2.063).

Estas son, pues, las características de los estados de cosas. Todos los *posibles* estados de cosas son, para Wittgenstein, ‘la realidad’, mientras que aquellos estados de cosas que son el caso, a saber, los hechos, son ‘el mundo’. Ahora bien, cuando representamos el mundo, cuando hablamos de él y lo describimos, a veces lo hacemos verdaderamente y a veces lo hacemos falsamente. Wittgenstein se vale de la noción de ‘figura’ para poder explicar cómo es que se da esta representación: nos hacemos figuras o imágenes de los hechos, y estas pueden corresponder con los hechos o no corresponder, o mejor dicho, pueden ser verdaderas o falsas. Entender en qué consiste esta noción es de gran importancia, pues, según Wittgenstein, las proposiciones son figuras lógicas o imágenes de los hechos que pretenden describir o representar.

Una figura consiste en un ‘modelo’ o, más bien, en una articulación de ciertos elementos. La relación entre las partes del modelo es lo que el autor llama su ‘*estructura*’; mientras que la *posibilidad* de esa estructura o de relación es lo que él llama su ‘*forma de figuración*’. Cuando Wittgenstein afirma que nos hacemos figuras de los hechos, lo que hacemos son correlaciones entre los elementos que constituyen el modelo y los objetos que constituyen el hecho. Al establecer esta correlación, entablamos una ‘relación figurativa’ entre la figura y el hecho que se pretende representar; en otras palabras, hacemos una proyección desde los elementos de la figura a los objetos en los hechos (*cf.* §2.12, §2.13, §2.131, §2.15, §2.1514). En ese orden de ideas, el modelo es una figura verdadera del hecho cuando sus elementos se relacionan de la misma manera como los objetos en el hecho; es falsa cuando sus elementos se relacionan de una manera distinta a como se relacionan los objetos en el hecho.

En esta caracterización podemos ir entreviendo varias cosas fundamentales: a) los elementos de la figura son los que *refieren*, es decir, los que *significan* los objetos en el mundo. En términos del autor, la figura es un patrón de medida cuyos puntos extremos —sus elementos— son los que *tocan* el objeto a medir; “[l]a figura está enlazada así con la realidad; llega hasta ella” (§2.1511-2.15121). b) Para que una articulación de elementos pueda ser una figura de un hecho, esta debe compartir algo con el hecho, a saber, su *forma de figuración*, la *posibilidad* de tener determinada estructura, de interrelacionar los elementos y los objetos de una u otra manera; solo así es que una figura puede considerarse como verdadera o falsa del hecho que pretende describir (*cf.* §2.17). Finalmente, c) la verdad o la falsedad de la figura depende de cómo la figura establece la relación entre sus elementos y de su contrastación con la realidad, es decir, depende de cómo ella dice que los objetos en el mundo están articulados, y de si dicha articulación se da o no se da efectivamente. Por esta razón, se dice que la figura representa su sentido o, mejor dicho, las circunstancias en las cuales esta sería verdadera y las circunstancias en las cuales esta sería falsa (*cf.* §2.222).

Ahora, ¿en qué consiste concebir la proposición como una figura o modelo de la realidad? (*cf.* §4.01). La proposición, según Wittgenstein, es una *articulación de nombres*, no un *conjunto* o conglomerado de nombres. Así pues, de la misma manera como no podemos concebir los objetos sin la posibilidad de relacionarlos con otros objetos, no podemos *significar* un nombre si no está articulado con otros nombres en una proposición

(cf. §3.141, §3.142, §3.3). Adicionalmente, la proposición debe estar en una *relación figurativa* —o relación proyectiva— con el hecho que se quiere describir, en otras palabras, los *nombres* que están articulados en la proposición deben correlacionarse con los *objetos* que están articulados en los hechos (cf. §3.21). En este orden de ideas, los nombres son los que *refieren* dentro de la proposición; en cambio, esta última solo puede expresar su *sentido*, esto es, en qué condiciones sería verdadera o falsa, “[p]ueden describirse estados de cosas, no nombrarse ([l]os nombres semejan puntos, las proposiciones flechas, tienen sentido)” (§3.144). Acá es importante tener en cuenta que cuando usamos un mismo nombre en las proposiciones, estamos refiriéndonos a un mismo objeto; asimismo, cuando usamos diversos nombres, nos referimos a objetos distintos, “[e]xpreso la igualdad del objeto mediante la igualdad de signo [...]. La diversidad de los objetos, mediante la de los signos” (§5.53). Sumado a esto, ambos, proposición y hecho, deben compartir la misma *forma de figuración* o la misma *forma lógica*: los dos deben tener las mismas posibilidades de configurar sus elementos en una u otra relación; solo de esta manera es posible comparar la proposición con el hecho y decir que esta lo figura verdadera o falsamente. Si la *estructura* de la proposición —como en efecto están relacionados los nombres— sí corresponde con la *estructura* del hecho —como en efecto están relacionados los objetos—, entonces, decimos que la proposición es verdadera; si no corresponde, decimos que es falsa. Para aclarar un poco, un ejemplo de signo proposicional puede ser *aRb*; allí hay dos nombres, *a* y *b*, que están en una relación *R*. Este signo proposicional es verdadero si los objetos designados para *a* y *b*, en efecto, se encuentran en dicha relación; de lo contrario es falso.

Es importante señalar, antes de terminar esta sección, que las proposiciones pueden articularse en proposiciones moleculares. No obstante, las proposiciones no se relacionan entre ellas como sí se articulan los nombres; esto es debido a que los hechos son independientes entre sí, y no pueden relacionarse o combinarse de la manera que lo hacen los objetos. Así pues, el sentido de una proposición molecular —su verdad o falsedad— es una función veritativa de los valores de verdad de las proposiciones elementales que la componen. En ese orden de ideas, desentrañar el sentido de una proposición molecular es analizarla para identificar el sentido de las proposiciones elementales que la componen, las cuales sí constan de nombres en conexión inmediata con el mundo (cf. §4.21, §4.4, §4.11,

§5). Ya con estas aclaraciones, podemos reconstruir la crítica de Putnam e identificar sus problemas.

## II.

En la primera sección, vimos cómo Wittgenstein da cuenta de la manera como podemos describir el mundo y de cómo la proposición debe compartir una forma lógica con aquellos hechos que describe para poder tener sentido, es decir, para poder describir esos hechos verdadera o falsamente. Parece ser, entonces, que el autor se vale de la noción de ‘forma lógica’ para explicar cómo una proposición puede estar conectada con el mundo. Esto es precisamente lo que identifica Hilary Putnam. Según él, Wittgenstein quiere resolver el problema de la intencionalidad, a saber, el problema de cómo el lenguaje está anclado al mundo (cf. Putnam 1995 63). Para Putnam, detrás de la teoría pictórica de Wittgenstein está “la intuición de que la mente o el lenguaje no podrían estar anclados al mundo si aquello a lo que está anclado no tuviese una forma intrínseca” (Putnam 1995 64), a saber, una forma lógica. Sin embargo, para este filósofo, la forma lógica no logra responder al problema de la intencionalidad: se pueden tener nombres con la misma forma lógica en enunciados con la misma forma lógica pero que, aun así, refieran a objetos distintos y describan hechos distintos. Esto, según Putnam, se puede evidenciar con el argumento de “El gato está sobre la estera”, el cual también es expuesto en la obra de Razón, Verdad e Historia (2006). El argumento es más o menos así. Están los enunciados:

- (1) El gato está sobre la estera. —interpretación estándar—.
- (2) El gato\* está sobre la estera\*. —interpretación no estándar—.

Sumado a esto, se consideran los tres casos o mundos posibles:

- (a) Un gato está sobre una estera y una cereza está sobre un árbol.
- (b) Un gato está sobre una estera y ninguna cereza está en ningún árbol.
- (c) Ninguno de los casos anteriores.

Putnam luego define *gato\** y *estera\** a partir de estos casos. Así las cosas, la definición de *gato\** es la siguiente: *x* es un *gato\** si y solo si se da el caso (a) y *x* es una cereza; o si se cumple el caso (b) y *x* es un gato; o si se da el caso (c) y *x* es una cereza. La definición de *estera\**,

por su lado, es la siguiente:  $x$  es una estera\* si y solo si se da el caso (a) y  $x$  es un árbol; o si se da el caso (b) y  $x$  es una estera; o si se da el caso (c) y  $x$  es un quark.

Si analizamos ambos enunciados “Un gato está sobre la estera” y “Un gato\* está sobre la estera”\* en cada uno de los casos (a), (b) y (c), podemos observar que ambos enunciados son verdaderos en todos los mundos posibles en los que se da el caso (a) o en los que se da el caso (b), y que ambos son falsos en los mundos posibles donde se cumple el caso (c). Consideremos cada uno por separado:

- En el caso (a), donde hay un gato sobre una estera y una cereza sobre un árbol, ambos enunciados, refiriéndose a gatos y a esteras por un lado y a cerezas y a árboles por otro, son verdaderos.
- En el caso (b), donde hay un gato sobre una estera y ninguna cereza está sobre ningún árbol, ambos enunciados son verdaderos, pues si miramos bien, algo es un gato\* si en el caso (b) ese algo es un gato, y algo es una estera\* si en ese mismo caso es una estera.
- En el caso (c), ambos enunciados son falsos, pues no es el caso que haya un gato sobre una estera, y, teniendo en cuenta las definiciones de gato\* y estera\* en (c), también es falso que una cereza esté sobre un quark.

De lo anterior se sigue que “Un gato está sobre la estera” y “Un gato\* está sobre la estera”\* son lógicamente equivalentes, pues “vemos que en cada mundo posible un gato está sobre una estera si y solo si un gato\* está sobre una estera.” (Putnam 2006 46). En otras palabras, ambos enunciados tienen los mismos valores de verdad. Sin embargo, cada uno está hablando de cosas muy distintas: por un lado, hablamos de gatos y esteras, y, por otro lado, hablamos de cerezas y árboles. De allí se sigue que la forma lógica, por sí sola, no explica cómo es que determinamos la referencia de nuestros términos, pues objetos distintos, como gatos y cerezas, pueden tener la misma estructura lógica —pueden combinarse y establecer las mismas relaciones con otros objetos— si hacemos los ajustes necesarios a nuestras definiciones estándar.

La lógica, en el nivel abstracto del Tractatus, no hace nada para distinguir un objeto de otro. La idea de que la lógica podía hacer todo el trabajo de la metafísica fue una fantasía magnífica, pero una fantasía a fin de cuentas. (Putnam 1995 71)

Este argumento consiste, en palabras de Putnam, en “un argumento de permutación de individuos” (cf. Putnam 1995 69): dada una permutación arbitraria de los individuos en un universo de discurso, siempre es posible formular funciones proposicionales que corresponden o que son lógicamente equivalentes con otras funciones proposicionales. Así pues, yo tengo la proposición  $aRb$  donde describo un hecho en el cual un individuo  $a$  tiene una relación  $R$  con otro individuo  $b$ ; dada una permutación de los individuos, yo puedo seguir manteniendo la misma imagen  $aRb$  para describir otro hecho, a saber, un hecho en el que los individuos —ya distintos—  $a$  y  $b$  mantienen la relación  $R$ . Traduciendo esto al ejemplo del autor, en nuestro lenguaje estándar “Un gato está sobre la estera” refiere a gatos sobre esteras. No obstante, es posible hacer una permutación arbitraria en la cual ‘gato’ y ‘estera’ refieran a cerezas y a árboles, y que aun así se pueda seguir manteniendo la relación ‘estar sobre’; de esta forma, “Un gato está sobre la estera” puede seguir siendo una figura de hechos distintos.

A mi parecer, toda la crítica de Putnam se construye a partir de dos presupuestos. Por un lado, a) Putnam asume que es la forma lógica la encargada de fijar la referencia y, por esto, Wittgenstein parece estar lleno de dificultades. Según Putnam, en primer lugar, ‘gato’ y ‘gato\*’, y ‘estera’ y ‘estera\*’ tienen la misma forma lógica a pesar de que refieren a objetos distintos, es decir, estos tienen las mismas posibilidades de combinación con otros nombres; los objetos a los que refieren, a su vez, tienen la misma forma lógica o posibilidad de combinación con otros objetos, incluso a pesar de que son diferentes. En segundo lugar, la estructura o articulación que se establece en las proposiciones “El gato está sobre la estera” y “El gato\* está sobre la estera”\* es igual; más aún, ambos enunciados tienen las mismas posibilidades de establecer determinadas estructuras o, mejor dicho, tienen la *misma forma lógica*. En tercer lugar, las dos proposiciones expresan el mismo sentido, en otras palabras, son verdaderas o falsas en las mismas circunstancias —son lógicamente equivalentes—. Tenemos pues el gran problema de que, a pesar de todo esto, ambas proposiciones refieren a objetos distintos y describen hechos diferentes.

Por otro lado, b) el autor asume inmediatamente que el problema de la conexión entre el lenguaje y el mundo es igual al problema de cómo se determina la referencia. Este último es, para Putnam, lo que Wittgenstein quería solucionar en el Tractatus a través de la forma lógica: nombres y objetos, y proposiciones y

hechos deben compartir una forma lógica intrínseca que asegure un vínculo entre ellos. Solo así es posible evitar ambigüedad o confusión entre lo que quiero describir y representar en el mundo a través de mi lenguaje; solo así es que el lenguaje puede anclarse al mundo claramente.

Ahora bien, la postura de Putnam, si nos remitimos a las caracterizaciones que ya expuse en la primera sección, tiene varios problemas. El primero que sale a la luz es que ni gatos, esteras, cerezas o árboles son ejemplos de objetos tractarianos. Los objetos, para Wittgenstein, tienen que ser simples y, además, tienen que permanecer fijos independientemente de los hechos o las configuraciones que puedan darse en el mundo. Por lo tanto, todos los objetos en la crítica de Putnam fallan por no cumplir estas condiciones: todos pueden descomponerse, todos perecen y se transforman; no pueden ser, por esto mismo, la sustancia del mundo. No obstante, *incluso* ignorando este problema, los presupuestos mencionados anteriormente son bastante discutibles. En las secciones III y IV profundizaré en esto.

### III.

¿Es en verdad, para Wittgenstein, la forma lógica la que está encargada de fijar la referencia? Acá me gustaría sostener que esta visión no es correcta. Considero que, por un lado, Wittgenstein no da elementos para defender esto. Por otro lado, la referencia, en el marco del Tractatus, se determina no por una cuestión intrínseca del lenguaje, sino, más bien, por una acción que un sujeto realiza, a saber, por la proyección o relación figurativa que un sujeto establece entre los nombres encadenados en una proposición y los objetos encadenados en un hecho.

Hemos visto, en la primera sección, que la forma lógica de un objeto consiste en la posibilidad de combinarse con otros objetos. Vimos, además, que la forma lógica de un hecho consiste en la posibilidad de establecer ciertas articulaciones o combinaciones entre objetos. En el respectivo correlato dentro del lenguaje, la forma lógica de un nombre consiste en la posibilidad que este tiene de combinarse con otros nombres, y la forma lógica de una proposición es la posibilidad de establecer ciertas articulaciones de nombres. Para que una proposición pueda describir verdadera o falsamente un hecho, proposición y hecho deben tener la misma forma lógica; además, deben estar en una relación figurativa, la cual consiste en las coordinaciones entre los elementos de una figura y los objetos de los

hechos (cf. §2.1514): “La figura debe tener una relación figurativa que la convierta en una figura [de algo]; y como hemos visto, esta relación figurativa consiste en la correlación con los objetos.” (Anscombe 1959 68).

Ahora, ¿hay indicios allí de que es la forma lógica la que *fija* o la que *conecta* a los nombres articulados en una proposición con los objetos articulados en un hecho? A mí parecer, no. Más bien, creería que esta caracterización *presupone la referencia*. En otras palabras, presupone el hecho de que es posible tomar ciertos nombres articulados en una proposición por ciertos objetos conectados en un hecho. Si no hubiese nombres, en el contexto de una proposición, ya coordinados con objetos en un hecho, la proposición *no* sería una figura *de algo*; dicho de otra manera, la proposición no tendría siquiera sentido, no podría figurar verdadera o falsamente un hecho en el mundo, ya que “[e]stas coordinaciones son, por así decirlo, los tentáculos de los elementos de la figura con los que esta toca la realidad” (§2.1515).

Entonces, ¿cómo se establece esta correlación? ¿Cómo se forman ‘los tentáculos’ de los nombres para que estos puedan tocar la realidad? Esta relación figurativa debe ser establecida por un sujeto. En palabras de Anscombe, “la correlación no es algo que la figura hace por sí sola; es algo que *nosotros hacemos*” (Anscombe 1959 68). A diferencia de lo que sucede con la postura de Putnam, para defender esta interpretación sí podemos encontrar varias pistas en algunos aforismos. Por ejemplo, en §5.4733, Wittgenstein afirma que cualquier proposición posible debe tener sentido, “si carece de sentido, ello sólo puede deberse a que no *hemos dado significado* a algunas de sus partes” (cursivas mías). Allí, podemos evidenciar que somos *nosotros* los que significamos los signos o nombres de las proposiciones; y si las proposiciones no tienen sentido —o no logran figurar verdadera o falsamente algún hecho— es porque somos nosotros los que no logramos construir ‘los tentáculos’ o, mejor dicho, una relación proyectiva entre los nombres de la proposición y los objetos del hecho. Adicionalmente, hemos visto que las proposiciones expresan la posibilidad de su sentido, pero estas, sin dar significado a sus nombres —sin hacer la proyección—, no tienen sentido. En §3.11, Wittgenstein aclara que el método de proyección consiste en *pensar* el sentido de la proposición. Luego, en §3.13, el autor sostiene que a la proposición solo pertenece la posibilidad de hacer la proyección, pero no lo proyectado. Por esto mismo, la proposición por sí sola no tiene sentido, porque en ella solo viene contenida la posibilidad de tener sentido: “En la proposición viene

incluida la forma de su sentido, pero no su contenido” (§3.13). En ese orden de ideas, la proposición dicta qué tipo de relación deberían tener ciertos objetos en el mundo para que esta pueda ser verdadera o falsa en caso de que, en algún momento, un sujeto establezca una correlación —o relación de figuración— entre sus nombres y los objetos en algún hecho determinado. Para que alguien pueda realizar esto, la proposición y el hecho deben compartir una forma lógica. Anscombe identifica precisamente esto:

La razón por la cual la proposición no ‘contiene su sentido’ es que las correlaciones son hechas por *nosotros*; *nosotros* referimos a los objetos por medio de los componentes de la proposición al ‘pensar su sentido’ [...] Somos *nosotros* los que usamos [el signo proposicional] como una proyección de un posible estado de cosas. (Anscombe 1959 69)

P. M. S. Hacker (1986) también advierte que la correlación entre los nombres y los objetos, i.e. la ‘relación de nombrar’, es lo que asegura una conexión entre el lenguaje y el mundo sin ningún tipo de ambigüedades. Esta correlación, para Hacker, es igualmente un acto que hacemos *nosotros*. Haciendo referencia a los Notebooks, este autor comenta que, para Wittgenstein, la correlación entre un nombre y su significado es algo psicológico. Así, mientras que la sintaxis lógica es una cuestión de las reglas del lenguaje, el dar contenido a las formas creadas a través de estas reglas no lo es. Por lo tanto, parece ser que la proyección —o la fijación de la referencia— consiste en un acto mental o en un acto de la ‘voluntad’ que establece una correlación entre un nombre y un objeto (cf. Hacker 1986 73). A esto se podría estar refiriendo Wittgenstein cuando afirma en §3.11 que el método de proyección es *pensar* el sentido de una proposición, solo a través de una acción del pensamiento un sujeto correlaciona o establece una relación figurativa entre nombres articulados en una proposición y objetos articulados en un hecho para así poder describir —verdadera o falsamente— el mundo.

Que dichas configuraciones en efecto representen [...] es una función de la voluntad, del sujeto metafísico [...]. Es un acto mental (aunque de un sujeto trascendental, no del sujeto estudiado por la psicología) el que inyecta significado a los signos [...]. Los signos simples [o nombres] son proyectados de esta forma a la realidad. (Hacker 1986 75)

Es de gran importancia recordar que solo podemos dar significado a los nombres cuando estos están encadenados en una proposición: no es el caso que primero

asignemos ciertos objetos a ciertos nombres y que luego construyamos las proposiciones (cf. Hacker 1986 76).

Teniendo en cuenta lo anterior, son evidentes las dificultades que tiene la crítica de Putnam al asumir que es la forma lógica la que permite fijar la referencia. Más bien, esa fijación o relación figurativa entre la proposición y el hecho es establecida por un sujeto; es este el que construye los brazos, o ‘tentáculos’, desde los nombres en una proposición a los objetos en el mundo. Es el isomorfismo lógico entre el hecho y la proposición el que permite que el sujeto pueda tomar un encadenamiento de nombres como una figura o descripción de un encadenamiento de objetos; más aún, es ese isomorfismo el que permite hacer una contrastación para establecer que una proposición es verdadera o falsa. En otras palabras, que mundo y lenguaje comparten una forma lógica es lo que permite que las proposiciones tengan sentido, que puedan ser figuras de la realidad *desde el punto de vista* de un sujeto. Así las cosas, no es un problema que “El gato está sobre la estera” y “El gato\* está sobre la estera\*” compartan la misma forma lógica para la teoría de Wittgenstein. Es *un sujeto* el que, en un caso, fija la referencia de ‘gato’ y de ‘estera’ para que estos nombres signifiquen gatos y esteras, y el que, en otro caso, fija la referencia de ‘gatos\*’ y ‘esteras\*’ para que signifiquen cerezas y árboles. Es precisamente la forma lógica que comparten ambos hechos —un gato sobre una estera o una cereza sobre un árbol— con la proposición lo que permite que la figura o imagen que establece la proposición pueda describir el hecho verdadera o falsamente. Es decir, la forma lógica es la que le da la posibilidad de sentido a la proposición. En efecto, si un gato no estuviese sobre una estera y una cereza no estuviese sobre un árbol, los enunciados “El gato está sobre la estera” o “El gato\* está sobre la estera\*” serían una figura falsa; si un gato estuviese sobre una estera y una cereza estuviese sobre un árbol, los enunciados serían una figura verdadera.

No obstante, si la postura que hemos defendido hasta acá es correcta, a saber, que es un sujeto el que fija la referencia de los nombres, Wittgenstein está sujeto a una crítica aún más fuerte, incluso por parte del mismo Putnam. Supuestamente, Wittgenstein quiere dar cuenta del problema de la intencionalidad o, en otras palabras, de la conexión entre el lenguaje y el mundo; Putnam presupone que esto requiere dar cuenta de cómo se fija la referencia de nuestros términos. Ahora, si aceptamos esta presentación del problema de la intencionalidad y, además, aceptamos que no es la forma lógica sino un acto de la voluntad el que logra la fijación de la referencia, Wittgenstein parece caer

en dos grandes problemas: primero, su teoría parece ser circular, pues presupone precisamente aquello que pretende explicar, a saber, que los nombres deben referir a objetos a través de un mecanismo inexplicable; y, segundo, su teoría podría considerarse como una “teoría mágica de la referencia” (Putnam 2006).

En la siguiente sección, defenderé que Wittgenstein puede salvarse de la circularidad si problematizamos la formulación de Putnam sobre el problema que supuestamente Wittgenstein pretendía responder en el *Tractatus*. En la sección V sugeriré, a manera de conclusión, que el autor no podría responder a la segunda objeción.

#### IV.

Considero que Putnam está en lo correcto cuando identifica la pregunta por la conexión entre el lenguaje y el mundo como una de las preocupaciones principales del *Tractatus*. Sin embargo, creo que Wittgenstein no está preocupado precisamente por la fijación de la referencia. A mí parecer, Wittgenstein quiere responder cómo es posible que nos hagamos imágenes verdaderas o falsas del mundo. En otras palabras, este autor quiere dar cuenta de cómo podemos representar al mundo verdaderamente y, más aún, cómo podemos representarlo falsamente sin que esto implique que nuestras representaciones sean absurdas o no sean significativas. En palabras de Donna Summerfield (1996), la pregunta principal es “¿cómo puede haber una forma de *p* si no hay ninguna situación de este tipo? ¿En este caso, en qué consiste realmente esta forma?” (118). Si esta interpretación es correcta, Wittgenstein no cometería ninguna circularidad.

Summerfield, en su texto *Fitting versus tracking: Wittgenstein on representation* (1996), identifica dos formas de dar cuenta del problema de la intencionalidad: por un lado, están las teorías de rastreo [*tracking theories*]; por otro lado, están las teorías de encaje [*fitting theories*]. Las ‘teorías de rastreo’ defienden que la referencia de los signos se fija en virtud del rastreo de otros elementos distintos (cf. Summerfield 1996 103). Así, las teorías causales de la referencia podrían ser un ejemplo de este tipo de posturas: existen ciertas interacciones causales entre los objetos y los términos que usamos en nuestro lenguaje; así pues, nuestros términos refieren a determinados objetos gracias a un rastreo de la conexión causal entre dichos objetos y los términos que usamos. Como se puede ir entreviendo, estas teorías tienen la gran ventaja de evitar las ambi-

güedades: gracias al rastreo, nuestros términos refieren sin ningún tipo de indeterminación. No obstante, también es posible ir evidenciando un gran problema: estas no logran dar cuenta de cómo es posible hablar de situaciones que no son el caso o, mejor dicho, de cómo es posible hablar falsamente. En otras palabras, desde esta perspectiva, no es posible referirnos significativamente a objetos o elementos con los cuales nunca hemos tenido interacción causal.

Las ‘teorías de encaje’ sostienen que la referencia se fija gracias a cierta similitud entre los signos y los objetos. Esto quiere decir que los signos adquieren contenido gracias a que los elementos de una representación modelan las relaciones de los elementos que son representados (cf. Summerfield 1996 102). Estas teorías, no obstante, tienen el problema de que no logran fijar de manera unívoca la referencia: una representación puede compartir una estructura —o puede encajar de maneras distintas— con varios elementos, y no hay manera de determinar claramente a cuál se puede referir; si quisiésemos hacerlo, tendríamos que hacer uso de otros signos, los cuales, a su vez, pueden caer en el mismo problema. Por lo tanto, con estas teorías nos encontramos con una regresión al infinito, donde no tenemos cómo determinar claramente cómo nuestros signos refieren. A pesar de esto, esta postura sí logra solucionar el problema de las ‘teorías de rastreo’: una representación puede tener semejanzas o puede encajar con ciertos hechos que no son el caso. Desde esta perspectiva, un signo puede parecerse —y por lo tanto representar— un evento o situación que no existe o que nunca ha existido (cf. Summerfield 1996 104). Según Summerfield, Wittgenstein centra gran parte del *Tractatus* en solucionar el problema de cómo poder figurar o describir el mundo falsamente, y que aun así nuestras proposiciones todavía sean significativas. Pero Wittgenstein introduce algo nuevo: en vez de adscribirse únicamente a una de estas teorías, el autor propone hacer una mezcla de las dos. Esta mezcla es posible gracias a la distinción que él mismo establece entre nombres y proposiciones: para él, los nombres *rastrean* —o refieren— y las proposiciones *encajan*.

Si recordamos bien, los nombres son los que se refieren al contexto de una proposición y las proposiciones son las que tienen sentido, es decir, pueden ser verdaderas o falsas. Para Summerfield, Wittgenstein defiende una teoría de rastreo al nivel de los nombres y una teoría de encaje al nivel de la proposición. Teniendo en cuenta que los nombres refieren a objetos; que estos son simples, que permanecen y que constituyen la sustancia del mundo, Wittgenstein se ahorra

el problema de no poder hacer referencia a elementos que no existen. Para el filósofo, los nombres siempre deben referir a algo, y este ‘algo’ debe mantenerse independientemente de lo que es o no es el caso.

Como vimos en la sección anterior, los signos fijan la referencia gracias a que un sujeto logra *rastrear* un objeto por medio de un nombre en virtud de la relación proyectiva que se establece entre la proposición y el hecho. Ya con esto asegurado, Wittgenstein se centra, en gran parte del *Tractatus*, en dar cuenta de cómo las proposiciones, que consisten en articulaciones de nombres, pueden ser figuras significativas de articulaciones de objetos. Estas, al compartir la misma forma lógica con los hechos, pueden ser una descripción de ellos. Adicionalmente, al ser la proposición una determinada relación entre nombres, un sujeto puede establecer una relación figurativa entre nombres y objetos para poder identificar si la configuración de nombres en la proposición ‘encaja’ o ‘no encaja’ con la configuración de esos objetos en el mundo. Así pues, las proposiciones siempre van a describir hechos o situaciones que pueden darse o no darse, pero que, a su vez, pueden ser contrastadas con la realidad, pues los objetos a los que refieren sí existen: son la sustancia del mundo.

Este último aspecto es, a mí parecer, la preocupación fundamental de Wittgenstein, porque el autor no profundiza ni aclara qué puede denominarse como objeto ni cómo se fijan las referencias de los nombres. Él, más bien, establece que *debe* haber objetos simples que permanezcan y que sean la sustancia del mundo de tal forma que *los nombres*, dentro de una proposición, siempre refieran; y esta referencia es asegurada por una proyección realizada por un sujeto.

Teniendo esto en cuenta, ¿es circular Wittgenstein cuando afirma que la referencia se fija gracias a un acto mental o a un acto de la voluntad? La respuesta es *no*. Aunque la idea de que es un sujeto el que fija la referencia gracias a un acto intencional o mental ya presupone la relación de referencia entre nombres y objetos, esta es una presuposición que Wittgenstein hace para responder a otra pregunta sobre la conexión entre el lenguaje y el mundo, a saber, ¿cómo podemos hacernos imágenes verdaderas o falsas del mundo? Asegurando la existencia de objetos simples a los cuales los nombres dentro de una proposición puedan referir, las proposiciones siempre tendrán sentido, es decir, siempre podrán ser figuras verdaderas o falsas del mundo. En ese orden de ideas, aquello a lo que Wittgenstein quiere responder es muy distinto del problema de la referencia, y, por lo tanto, puede presuponer que un sujeto es capaz de fijar la referencia entre los nombres

encadenados en una proposición y objetos articulados en un hecho, y, aun así, no ser circular.

## V.

Recapitulando, hemos defendido que la crítica de Putnam no funciona al presuponer que la forma lógica es la que fija la referencia y que, además, este problema de la referencia era la preocupación principal de Wittgenstein. Hemos visto que no es la forma lógica sino el sujeto el que fija la referencia y que, gracias a esta presuposición, Wittgenstein puede explicar cómo nuestras proposiciones pueden ser figuras o imágenes verdaderas o falsas sobre el mundo. No obstante, a manera de conclusión, me gustaría dejar la sugerencia de que Wittgenstein no logra salvarse de la objeción de que su teoría pictórica del lenguaje presupone una teoría mágica de la referencia: creer que un sujeto, gracias a un acto mental, logra hacer que los nombres toquen el mundo es asumir que por acto de magia esta relación se establece (*cf.* Putnam 2006 19). Para Putnam, de la misma forma como una figura por sí sola no tiene sentido, sino que requiere de algo que establezca la relación proyectiva, el pensamiento del sujeto no puede establecer esta conexión intrínseca con el mundo, “[l]a conexión que tienen las representaciones mentales con lo que representan no es más necesaria que la que tienen las representaciones físicas [y en nuestro contexto, las proposiciones]. La suposición es un vestigio del pensamiento mágico. [...]” (Putnam 2006 17). Así pues, ni los elementos del pensamiento ni las imágenes mentales representan intrínsecamente aquello acerca de lo que tratan. Aun así, como dice Anscombe, a pesar de que la teoría del *Tractatus* parece ser equivocada, sigue siendo una poderosa y hermosa teoría con elementos importantes que rescatar (*cf.* Anscombe 1959 77).

## Bibliografía

- Anscombe, G. E. M.** *An introduction to Wittgenstein's Tractatus*. New York: Harper & Row Publishers, 1959.
- Hacker, P. M. S.** *Insight and Illusion. Themes in the philosophy of Wittgenstein*. New York: Oxford University Press, 1986.
- Putnam, H.** "Aristotle after Wittgenstein". En: *Words and Life* (pp. 62-82). Ed. James Conant. Cambridge: Harvard University Press, 1995.
- Putnam, H.** *Razón, verdad e historia*. Madrid: Tecnos, 2006.
- Summerfield, D. M.** "Fitting versus tracking: Wittgenstein on representation". En: *The Cambridge companion to Wittgenstein* (pp. 100-138). Eds. Hans Sluga y David G. Stern. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Wittgenstein, L.** *Tractatus Logico-philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.